

Mariano Picón Salas

Prosas sin finalidad

EL REPARTIDOR DE ILUSIONES...



En un tiempo pensé seriamente si la ocupación más elevada que conviniere a un espíritu inquieto y generoso — como pretendía ser el mío — no sería repartir un poco de ilusión, de alegre frágil y volandera ilusión, por los monótonos caminos del mundo. Creía que este mundo tan viejo, arrugado por la meditación y la duda, hastiado de los placeres y los dolores que se repiten, no requería ya más ciencia, ni más conocimiento, ni más verdades, sino una emoción liviana — que lo distrajera sin obligarlo a pensar —, como esa ingenua música de los circos, que en nuestra infancia nos parecía preludeo del espectáculo maravilloso que daban los titiriteros y después, después que conocimos a Wagner y a Beethoven, continuábamos escuchando con simpatía. — Era un poco de nuestra alma antigua, sencilla, crédula, bondadosa y fantaseadora la que vagaba en esos ligeros compases que todos podían traducir según su estado de ánimo — alegre, melancólico —, según el tiempo — frío, caluroso; según las ideas que entonces nos dominaran. — A las cosas más abstractas era adaptable como los estribillos.

Y pensé en los medios que yo podría tener para realizar mi caritativo propósito de ilusionar al mundo. — Pensé en el Arte; pero el arte, desde que se ha convertido en el más difícil y caprichoso artificio, se ha aislado en las oscuras capillas como un avaro, y no tendrá sugerencia alguna sobre esas almas simples y hermosas — los labriegos, los niños, las muchachas de aldea — que yo quería impresionar. — Ni para nuestras multitudes incrédulas y excépticas — nuestras multitudes que leen manuales científicos y están suscritas a la Biblioteca Sociológica — sería eficaz un arte primitivo, lleno de verdades rudimentarias y de misterios cósmicos como aquél que las manos puras del Giotto pintaran en las bóvedas de Santa María Novella, y Dante en su fantástico poema. — Ilustres doctores se encargarían de descomponerlo en sus sutiles laboratorios: de apagar las lucecillas de ilusión que despertara en las almas para dejarlas sumidas en la duda, en la oscuridad. — Ni era tampoco la Ciencia mi objetivo: esta ciencia que violando misterios y secretos, descubriendo y ofreciéndonos todo, está a punto de convertir al hombre en un rey pletórico, sedentario y aburrido.

Miré entonces a esas profesiones humildes y errantes— la del buhonero, la del titiritero, la del organillero—que ante el desdén de las gentes egoístas y graves, arrostran los caminos de Dios repartiendo el contento en las aldeas internadas y en los hombres ignorantes.— Y pensaba en el alegre circo de payasos que deslumbrara mi niñez.—Eran como figuras escapadas de un iluminado libro de estampas, los equilibristas vestidos de azul o roja malla; las rubias saltarinas muchachas trepando sobre los briosos poneys, el que hacía de malabarista chino, sacando de sus manos como de un cesto inagotable volanderas cintas de todos colores: los clowns que se ahogaban entre sus tiesas golillas y abombados pantalones, los clowns cuyos nombres ya invitaban a la risa... Anatolio, Cantalicio, Anacleto... En aras de la rubia italianita de las piernas hermosas, sacrificamos en boletos para la función todos los mezquinos centavos que conseguíamos entonces.— Ella nos dió la primera y electrizante visión de belleza.—Y comparándola con las tímidas y pacatas muchachas de nuestro pueblo, ¡qué desmirriadas y tristes nos parecían éstas con las saldas largas, las telas opacas y los antipáticos cuellos «María Stuardo», de moda entonces! Nuestra alma adolescente que aun no sabía de leyes morales ni hábitos sociales, hubiera querido—en un arranque de estética iconoclasta— que todas las muchachas llevaran, como Dorina, una trasparente malla rosada y lucieran las piernas desnudas.

En el buhonero pensaba, que con su caja de sorpresas y maravillas, cansado el cuerpo, pero contenta el alma, tarareando una canción caminera, llegaba a los escondidos caseríos.—¡Llegó el buhonero! Y las muchachas y las viejas abandonan los sembrados donde hacían la deshoja del maíz, para ir a comprarle el vistoso pañuelo que lucirán en la próxima fiesta; la efigie del santo que es patrono de las buenas cosechas, el espejito donde mirarse, la brillante sortija de abalorio, que a fe del buhonero no se oxida, como las de oro fino.—En estas ferias siempre toca a los chicos una corneta, una armónica, un trompo... Y en el organillero que ante el estrépito de las grandes ciudades, junto a la febril multitud que pasa a sus negocios, sus quehaceres y sus ambiciones, toca en su pianito las olvidadas músicas de antaño: no cesa de tocar aunque los carruajes le cerquen y la multitud le empuje, como enseñando a aquellos hombres apresurados que todo no es el minuto presente ni el negocio que ahora les perturba... que hay que dar algo al recuerdo, a la música, a la meditación y al sentimiento.—Siempre habrá un muchacho desocupado y un viejo poeta romántico que le escuchen.

Pero los respetos, prejuicios y conveniencias que han inventado los hombres para aburrirse y entristecerse más, retardaron hasta ahora mis propósitos.—Olvidando los propios dolores voy poniendo un poco de ilusión en estas prosillas hasta que me resuelva a salir por los caminos a repartirla, a esparramarla sobre las almas diáfanas—de los niños, de los viejos, de las muchachas aldeanas—, como esas flores silvestres que los labriegos arrojan al paso de la procesión.